

La pobreza de los literatos.

Desde mucho antes de haber cantado el pobre poeta ciego de Smyrna, fué la miseria compañera inseparable del hombre de genio. Poeta y literato siguen hoy, con algunas excepciones, siendo sinónimos de indigente, no obstante lo cual son muchos los que prefieren no tener dinero y hacer versos, ó morir de hambre y publicar libros de crítica. ¿Por qué este afán de la humanidad en pasar su tiempo ocupada de asuntos que tan poco le producen? ¿Por qué el honroso título de agricultor excelente no se ambiciona tanto en el mundo como el de buen poeta?

La verdad es que el general empeño de escalar la cumbre del Parnaso (porque rara es la persona medianamente instruida que no desearía escribir excelentes versos ó admirables obras de otra clase) no se concibe á primera vista. El amor á la gloria, explicacion que dan muchos al fenómeno, es, en realidad una quimera; porque apenas hay gloria absoluta en este mundo vil de las contrariedades. Tómese un hombre el trabajo de ser un Homero, un Shakespeare ó un Víctor Hugo. Pasarán los siglos y su nombre será repetido con admiración por generaciones enteras, la mayoría de cuyos individuos elogiará las obras maestras de aquellos grandes creadores sin haberlas siquiera leído. Pero llega un día aciago, y otro amante de la gloria, otro que para inmortalizarse también se ha pasado algunos años escribiendo, imprime un volumen dedicado á probar que Homero nunca existió, que Shakespeare no fué el autor de sus dramas ó que Víctor Hugo estampó sobre el papel más disparates que bellezas. Esto, amén de los dardos envenenados de la envidia que amargan siempre en vida á los más ilustres autores, bastaría para que cualquiera se desengañase de que la gloria es una mera ilusión. Y sin embargo los hombres continúan afanándose por adquirir el título de buenos poetas y literatos, importándoseles nada á los poetas que Platon los tuviera por tan inútiles que consideró prudente desterrarlos de su *Republica*, ni á los demás escritores que un economista muy celebrado (cuyo nombre exac-

tamente no recuerdo) dijese que todos los hombres de pluma (y por ende él mismo) eran los parásitos de la sociedad, injusticia notoria porque los parásitos viven con mucha comodidad del animal ó del árbol cuya savia se chupan y los literatos, si no cuentan más que con la literatura, no tienen muchas probabilidades de pasarla bien en este valle de lágrimas

Al ver como se escriben tantos libros y se sufren tantas miserias para escribirlos, se me ocurre preguntar ¿quién dijo que el sentimiento predominante en el hombre era amor al lucro? Ahora me viene á la memoria que allá por el siglo XIV, el maldiciente Arcipreste de Hita sostuvo en un verso famoso que *mantenencia*, y otra cosa que mis lectores se tomarán el trabajo de buscar en las obras del Arcipreste si les pica mucho la curiosidad, eran los únicos móviles que impulsaban al sexo masculino. Pues todos los que tal han dicho se equivocaron de plano. Ahí está la historia literaria entera para contestarles que una gran parte de la humanidad no se ha ocupado sino de escribir, sin remuneración pecuniaria de ninguna especie y por puro amor de una gloria ficticia, demostrando así que el hombre es el más cándido, bueno y desinteresado de todos los animales. Y eso que en la historia literaria todavía no constan los muchos poetas y escritores que sobre pasarse la vida emborrondando papel, pagan la inserción de sus obras en los periódicos. ¿Quién después, de este ejemplo, podrá sostener que es el hombre un animal egoísta?

Pero sin ocuparme de los malos escritores, y ni siquiera de los medianos, á quienes hace muy bien el público en no pagar sus trabajos, voy á referirme á los literatos ilustres que han arrastrado una vida de miserias. ¿Qué horrible cuadro el que nos presenta ahora la historia! No solo es Cervantes, cautivo, infortunado, pobre recaudador de alcabalas, el único genio que sufre de hambre; ni muere solo Camoens casi arrastrándose en su agonía por las calles de Lisboa. El Tasso, reducido al último extremo de la pobreza, se sostiene varios dias con solo una limosna que le dá un amigo y para hacer de noche sus versos, faltándole luz en la bohardilla, pide á su gato que le alumbré con el brillo de sus ojos.

Non avendo candele per iscrivere i suoi versi!
Ariosto en sus sátiras se queja amarga-



nente también de su pobreza. Lesage, cuando deleitaba á sus lectores con el *Fil Blas*, habitaba en una choza inmunda de los alrededores de París. Corneille en sus últimos tiempos, pasó las mayores privaciones. Du Ryer vendía sus versos para comer, á cincuenta centavos el ciento. Vaugelas, que gastó treinta años en la más pura y elegante traducción francesa que se conoce de Quinto Curcio, para dejarle algo á sus acreedores les legó el precio que dieran por su cadáver en las salas de anatomía. Xilander vendió por una mala comida, sus sabias notas al texto de Dion Cassio. Vondel, el Shakespeare holandés, murió de hambre á los noventa años, y su ataúd, pobremente construido, fué llevado en hombros al cementerio por unos cuantos poetas, que si no tenían su genio, eran tan desdichados como él. . . ¿Pero á qué seguir amontonando citas que mis lectores conocen? La historia de todas las literaturas florecientes está llena de iguales ejemplos, y muy amenudo se ha visto abatido el pensamiento de los hombres de genio ante el poder ó la riqueza, como sucedió en España, en los días de Lope ó en Francia en el reinado de Luis XIV. (1) Los grandes escritores y hombres de ciencia que han vivido en la abundancia, son los menos, y eso, cuando sus bienes materiales no fueron heredados, tuvieron que hacerlos en operaciones muy distintas de las literarias. Lo que ganó Voltaire con la edición de su *Henriada*, impresa en Londres lo perdió con su reimpresión de París, y apesar de su fama y de sus lectores, la base principal de su fortuna fué adquirida en negocios mercantiles.

Comprendo que ante estos ejemplos cierto escritor inglés propusiera hace algunos años la fundación de un gran asilo benéfico para los sabios y literatos desgraciados. El único inconveniente que le encuentro á la idea es la dificultad de apreciar, sin cometer una injusticia, quiénes tengan verdaderamente derecho á un lugar en el Asilo. Son numerosos los genios desconocidos y despreciados por sus contemporáneos y en este caso se creerían todos aquellos á quienes la Junta Directiva del benéfico instituto negara una entrada en el mismo. Además, ¿puede fallarse en estas materias sin escrúpulos de con-

ciencia? El gusto publico varia, y nadie se extrañará de que los escritores más celebrados hoy sean mañana los últimos, y los primeros aquellos á quienes hoy nadie dá importancia. Por otra parte, la carrera literaria es en la que más rivalidades y envidias se conocen. La entrada en el Asilo de cada literato infortunado, daría origen á un verdadero escándalo en la República, ocasionado por los cultivadores del mismo género de literatura en que se distinguió el asilado y por los clamoreos interminables de la critica, que no se daría punto de reposo hasta ver al infeliz pidiendo, otra vez, limosna por las calles. Y sería un espectáculo digno de alquilar balcones eso de contemplar cómo, á la puerta del Asilo, se acercaria un desdichado poeta épico, con un memorial en la mano, y un volumen impreso, como documento justificativo, pidiendo que se le designara, para habitación perpétua, la celda B ó H, ocupada injustamente en aquella actualidad, por Don Fulano, menos poeta épico que él, como estaba dispuesto á probarlo en todos los terrenos. Nada, el Asilo para los literatos pobres es una idea impracticable, aunque merece un lugar entre las utopias inmortales y generosas que honran la especie humana, como la evangélica repartición de los bienes terrenales ó la fraternal unión de todos los hombres en un sólo pueblo.

Verdaderamente, es una desgracia que los buenos escritores sean tan infortunados, y que en la Peninsula un autor tan culto y ameno como D. Juan Valera (cuya posición social se debe más á su brillante carrera diplomática que á su pluma) confiese la poca producción monetaria de sus obras; y que en Cuba el mejor de los literatos imaginables, que publicara el más portentoso libro del mundo, tuviera que conformarse con ganar la milésima parte menos que el peor de los abogados, en el menos gramatical de sus escritos presentado en el peor de sus pleitos. Obedece, sin duda, en parte esta injusticia á la falta de público que lea, ocasionada por la escasez de población; pero solo en parte, porque en Inglaterra, en los Estados Unidos y aún en la mis-

3

ma Francia, países donde los lectores abundan, la vida de los literatos no puede, por lo general, compararse á la de los más ínfimos comerciantes. Entre los ingleses y norte-americanos se suelen ver escritores de gran mérito trabajando día y noche en una empresa periodística (desde la mejor revista de ciencias y literatura hasta el diario callejero de noticias) sin más recompensa que un escaso sueldo y sin que el público siquiera sepa sus nombres, ocultos por la tiranía del capital sobre la inteligencia, bajo el título del periódico ó el nombre del propietario. En las bibliotecas públicas se encuentran centenares de sábios revolviendo libros, que sólo ellos conocen, en busca de datos raros y apreciados sobre diversas materias, á cambio del triste jornal que les da cualquier persona acomodada, que con esas noticias quiere darse el gusto de hilvanar un libro.

En todas partes, la lucha por la vida es dura y mucho más para los que ganan la existencia en las labores intelectuales. Pero, en fin, lo cierto es que en aquellos países el mal efecto producido por tales ejemplos se desvirtúa con la existencia de algunos buenos autores que, más afortunados, han conseguido con sus obras una posición independiente y hasta una regular fortuna (1). Esto se vé hoy principalmente en Francia, civilizado y admirable país en el cual un drama ó una novela que obtengan éxito bastan para recompensar á su autor de las miserias que haya pasado. Sin embargo, los libros científicos todavía no producen tan buenos resultados materiales. Pero Víctor Hugo, los Dumas, Sardou, Zola y tantos otros, son ejemplos de como pueden enriquecerse allí los literatos y de como en Francia el ser un popular poeta ó novelista, es la más noble y lucrativa de las profesiones. Más ¡cuántos trabajos y penalidades se sufren para llegar á tan ansiado puesto! ¡Cuántas hambres y privaciones! ¡Cuántas amarguras y desengaños! Allá entre la inmensa multitud que sufre en la sombra, entre esos jóvenes que agotan su inteligencia, fabricando versos, dramas y novelas, para recibir desaires después á la puerta

(1) Durante todo el siglo XVIII fué proverbial la pobreza de los poetas franceses. En 1,651, entre las obras recogidas en un curiosísimo tomo de versos, se imprimió en Paris una sátira titulada *La pauvreté des muses, satyre sans venin*, que no falta quien atribuya á Malherbe, diciendo que fué escrita en 1622 ó 1623, y en la cual se encuentran noticias muy interesantes sobre los autores que vivieron en aquel tiempo en la indigencia. Es un documento de inapreciable valor para los estudiantes de la literatura francesa.

de los editores ó de los empresarios de teatros, muchos perecen de frío ó de miseria, harapientos y despreciados, ó venden sus obras por unas pocas pesetas con las cuales compran el negro pedazo de pan que se llevan á la boca! Algunas de esas obras son después admiración del público que las aplaude, y hacen ricos á sus compradores, caso que en España tristemente se presenta hoy á la vista de todos con la venta hecha por el pobre Zorrilla de su popular *Don Juan Tenorio*, cuya propiedad constituye una fortuna.

Siempre ha sido infeliz la vida del genio literario y todavía á los que nazcan dotados de tan rara cualidad, y se agiten en un medio propio para el desarrollo de sus facultades, les esperan días amargos, aun cuando vivan en los más civilizados países, si no les ayuda la fortuna veleidosa. ¡Qué inmensa tristeza se apodera del ánimo cuando leemos una de esas obras maestras del ingenio humano, todavía negadas, todavía despreciadas por muchos incapaces de comprenderlas, y recordamos que sus autores vivieron en la horrible penuria! ¡Héroes del arte! ¡Mártires del vano amor de la gloria! ¡Genios que sufristeis en el silencio las negras realidades de la vida y que pasasteis humillaciones, y verguenzas y hambres, luchando por un aplauso que si llegó á vuestros oídos fué emponzoñado por la envidia! ¡Vosotros los poetas que fundasteis todo vuestro orgullo en un verso; vosotros los filósofos que despreciasteis las vanidades del mundo para observar á los hombres y la sociedad; vosotros los regeneradores, los héroes, los grandes, los inmortales, combatisteis para adquirir por premio la muerte en la miseria ó el odio infame de los pequeños! Pero los que sean de vuestra madera, que sigan el combate. En el mundo ni el arte ni la ciencia morirán jamás, y aun cuando la gloria sea una mentira, y todavía exista quien lance asqueroso cieno sobre vuestros nombres, y quien se enriquezca con vuestras obras, ¡qué importa, si apesar de todo vosotros fuisteis los autores de la *Divina Comedia*, de *Hamlet*, y de *El Paraiso Perdido*? ¡Qué importa si uno de vosotros escribió el *Quijote*!

JUSTO DE LARA.

(1) Recientemente en los Estados Unidos á una poetisa muy celebrada, Mrs. Amélie Rives Chanler, le ha pagado el editor de un periódico \$7,000 por la primera impresion de los pocos versos de su poema «Asmodeus», es decir, ciento cuarenta veces más de lo que recibió Milton por *El Paraiso Perdido*. Todos los poetas ingleses estarían de enhorabuena si el caso de Mrs. Chanler se repitiera mucho; pero no ha sido sino el rasgo aislado de un editor caprichoso, ó quizás, buen entendedor de sus intereses, que con la notoriedad alcanzada por su hecho ha conseguido el mejor de los anuncios para su periódico.

300000

Dumas de la Obra de la Com. de la Universidad
Dic 24, 1888

ONIO
NTAL
RIADOR